

## **Desigual**

Ustedes lo pueden encontrar muy gracioso..., para mi fue un autentico calvario. Aún ahora, no me da ninguna risa. No se trataba un problema vital, ni de una enfermedad incurable pero nunca fue fácil convivir con algo que no tenía una solución sencilla. Cualquier arreglo era realmente un parche, una chapuza que proporcionaba un efugio momentáneo de un conflicto permanente. Triste sí, aunque lo cierto es que esa contrariedad terminó solucionándome la vida.

Nací en una familia humilde de un pequeño pueblo de Soria que, con su duro invierno, me obligaba a pasar demasiado tiempo al abrigo de la gloria, asando castañas en el hogar con mi madre y mis dos hermanos mayores. Ser el más pequeño ayudó a que nadie en la familia fuera consciente de mi problema hasta pasados algunos años de mi vida, en concreto hasta que hice la primera comunión.

Hasta ese momento, toda la vestimenta que tuve había sido usada previamente por mis hermanos, nunca estrené una sola prenda. Como Antonio, el mediano, me sacaba más de dos años, cuando la ropa se le quedaba pequeña a mí todavía me faltaban meses para llenarla. Así que me acostumbré a que mis pies bailaran en los zapatos, a que mis manos estuvieran siempre ocultas por las mangas, a que los bajos de los pantalones mostraran los sucesivos cosidos, descosidos y nuevos cosidos que mi madre tenía que realizar según cambiaba el usuario o la altura de éste. El caso fue que, como regalo por ese piadoso día, mi madre al igual que había hecho con mis hermanos, usó una parte de los ahorros de emergencia para regalarme unos zapatos nuevos. Fuimos en el autobús de línea a la capital para comprarlos cuando todavía quedaban tres semanas para la celebración. Desde entonces cada mañana, al despertarme, lo primero que hacía era probarme los relucientes zapatos. Una semana después le comenté a mi madre que me apretaba un poco el derecho, a lo que respondió con un pescozón diciéndome que me dejara de tonterías. Los vas a estropear antes de estrenarlos, concluyó. No hice caso, seguí repitiendo la prueba hasta que tres días antes de la ceremonia comprobé con horror que me era casi imposible meter ese pie.

Muy atemorizado debía estar porque, al contemplar mi cara, mi madre en lugar de regañarme me llevó de la mano hasta el cuarto que compartía con mis hermanos, me sentó en su regazo cogió el zapato derecho e intentó introducir mi pie sin éxito, luego

probó con el izquierdo que se acomodó sin dificultad alguna. Ella tomó entonces los dos zapatos y los midió, comprobando que eran exactos. Con el asombro instalado en su ojos, tapó su boca con la mano mientras observaba mis pies y musitaba un ¡Dios mío!, que no supe interpretar. Me tumbó en la cama haciéndome juntar las plantas de mis pies, ajustando mis talones. Ambos comprobamos a la vez que el dedo gordo del pie derecho sobresalía sobre su primo del izquierdo más de un centímetro.

Así descubrí lo que, a partir de ese día, marcó mi vida. Fui un niño acomplejado, que nunca se quedó a dormir en casa de un amigo, que no iba al río con el resto de chavales, que nunca pasó el reconocimiento médico de la escuela porque, el día antes, me ponía verdaderamente enfermo sólo con pensar que todos verían mis pies. Sin embargo, en casa, los siguientes años no pasó de ser un tema menor porque los zapatos de Antonio eran suficientemente grandes para acoger el pie derecho, aunque en el izquierdo tuviera que ponerme tres calcetines. Hasta que un día, él dejó de crecer y yo no. Empezó entonces una etapa esquizofrénica, pues la economía familiar no nos permitía comprar calzado con la frecuencia que mi asimetría demandaba. De esta forma, pasaba temporadas en los que el pie izquierdo bailaba en su zapato unos meses y cuando se ajustaba al tamaño del borceguí, sufría el aprisionamiento de los dedos del derecho que peleaban por romper la piel de la puntera.

Mamá pensó que el problema terminaría el día que completara mi desarrollo. ¡Qué equivocada estaba! Llegó la mili, de la que no me libré a pesar de la esperanza que me generaba la malformación. Se pueden imaginar la rechifla que se organizó cuando tuve que explicar al cabo furriel que necesitaba una bota del cuarenta y la otra del cuarenta y tres. Salí del reparto con el curioso par y un apodo: “el desigual”. No volví a escuchar mi nombre en el año y medio que pasé en el cuartel: desigual por aquí, desigual por allá. Hasta en las marchas cantaban una canción:

Al pelotón van a arrestar  
por culpa de “el desigual”,  
que con esos pies tan raros  
nunca aprende a desfilar.

Cuando terminó la mili me quedé en aquella ciudad, pues conseguí un trabajo de programador informático. Allí tuve que empezar a enfrentarme al problema en soledad.

Un día, entré en una zapatería donde, ante el asombro de la dependienta, compré mis dos primeros pares de zapatos, números cuarenta y cuarenta y tres, del mismo modelo. Busqué algo que fuera lo más neutro posible, que me combinara con todo, que me sirviera para trabajar, para salir de copas. Pocas semanas después me di cuenta que necesitaba, al menos, otro par. Me encaminé a la zapatería pero cuando llegué, en lugar de la mujer, me atendió un hombre que se llamaba Rosendo y resultó ser el dueño. Le expliqué que quería dos pares de distinto número del modelo elegido. Cuando me preguntó si tenía los pies de diferente tamaño, el desconcierto se apoderó de mí, empecé a balbucear y salí corriendo. Llegando a la esquina comprendí que era un comportamiento infantil, así que regresé. Al verme él sonrió mientras me explicaba que, si me había preguntado, era porque tenía otro cliente con el mismo problema. Aunque no recordaba cual era su anomalía, había pensado que si había suerte podríamos ser “compatibles”. Desgraciadamente, unos días después me comunicó que nuestra complicación era la misma lo que hacía imposible el intercambio.

Sin embargo, la posibilidad abierta por esa anécdota me dio una idea. Contraté un apartado de correos e inserté un anuncio en la prensa regional explicando el asunto y animando a quien tuviera un problema parecido a que escribiera para entrar en contacto. Recibí más de treinta cartas, lo que me alentó a poner el mismo anuncio en un periódico de tirada nacional. Un mes después, más de quinientas misivas llenaban mi mesa.

Lo que les estoy contando sucedía a la vez que Internet se había convertido en una realidad que, por mi trabajo, conocía bastante bien. La llegada constante de respuestas me hizo pensar que el mundo virtual podía ser nuestro medio de comunicación. Di unas vueltas al asunto y monté una página web que sirviera de punto de encuentro a los afectados. Se llamó Desigual.com.

No les voy a aburrir mucho más, la idea fue todo un éxito. La gente se registraba, compartía problemas, soluciones, se crearon foros de ayuda, de intercambio de prendas. La popularidad se extendió a Latinoamérica, poco después creamos Inégal.com para Francia y Odd.com para los países anglosajones. Desarrollamos un sistema por el que los usuarios podían realizar compras de cualquier producto por unidades de diferentes tamaños, que disparó las ventas y multiplicó los ingresos por publicidad. Hace un par de años, una multinacional americana me compró el negocio por una cantidad que no podremos, ni queriendo, dilapidar en varias generaciones.

Sin embargo hay un par de cosas que mi nueva vida no ha cambiado. La primera es que sigo comprando mis zapatos a Rosendo, el hombre que me abrió los ojos convirtiendo la desdicha en un pleno de la lotería primitiva. La segunda es que, a pesar de todo, me sigo quitando los calcetines con la luz apagada.